

na de su edad y flaca salud. Allí ponía los frontales, mudando sus colores conforme al tiempo, y cuidaba de la limpieza de los altares.

Él mismo barria cada día el presbiterio, aunque estuviere la iglesia llena de gente; y de ordinario, en poniendo los frontales, salía á barrer la puerta de la calle en las fiestas mayores y de mayor concurso, sin que le retardara para hacer aquel oficio estar presentes personas gravísimas, con quienes este humilde Padre solía tratar negocios de mucha calidad. Y no por eso dejaba de ocuparse en poner las velas en el altar, aderezarlas y salir públicamente á limpiarlas y despabilarlas, sin consentir que ninguno otro de los sacristanes lo hiciese, viéndolo en él con tanta continuacion personas de letras, que habian sido sus discípulos, y cuando ejercitaba con grande devocion y estimacion tales ministerios, era cosa que causaba devocion y edificacion en otras personas de mucha autoridad, y á veces Obispos que venian á gozar de estas fiestas.

Habiendo acudido á una de ellas el P. Prepósito de la casa Profesa con otros Padres graves de ella, se despidió de este siervo de Dios diciéndole que todo cuanto habia visto en la iglesia no le habia agradado tanto como el P. Juan de Ledesma, y esto era lo ordinario que salian diciendo las personas de importancia que se hallaban presentes.

A estos actos de tantas virtudes que aquí concurrían de humildad, devocion y piedad, podemos juntar lo que algunas veces en estas fiestas pasó; que convidando este devoto Padre á algun Padre mozo, y á veces actualmente discípulo suyo, para que cantase la Misa que oficia siempre la capilla de cantores de S. Gregorio, salía el P. Ledesma á cantar la Epístola como Subdiácono: y cautelábase, para que no se le atribuyese á humildad, diciendo que el Diácono que cantaba el Evangelio era recién ordenado, y era aquel su primer Evangelio y otras discretas razones que nacían de su verdadera y sólida virtud de servir á Dios en iglesia de humildes indios.

Era singularísimo el cuidado que tenia de que se les enseñase la doctrina cristiana, y de lo que la Compañía tiene ordenado, que los Advientos y Cuaresmas haya doctrinas públicas y sermones en las plazas y mercados, que los indios llaman tiangués, y en la iglesia de S. Gregorio de ninguna manera esto faltase.

Y cuando los Padres lenguas de Méjico estaban ocupados ó enfermos, procuraba este evangélico ministro que se trujesen de Tepotzotlan ó de otro colegio; porque, aunque sabia muy bien la lengua mejicana, él se contentaba con ejercitarla en el confesonario, en que era mayor el trabajo y continuacion.

Con todo, cuando Dios se lo llevó, estaba determinado á predicar en la

lengua mejicana á sus indios, cuando no hubiese á mano quien lo hiciese; porque no le sufría el corazón que hubiese una sola falta en esto, que es donde tanto se esmeró, dejando en silencio otras muchas virtudes que tuvo este insigne varón, por esta de la misericordia para con indios pobres, humildes y desechados; porque se puede decir que no tuvo hora ni momento de vida en que no diese ejemplo de este particular amor y misericordia, ejercitándola, no sólo en lo espiritual, sino en lo temporal que les tocaba.

Sus estaciones continuas, con estar muy retirado de visitas de personas de lustre, que estimaban mucho su comunicacion, eran á la Audiencia arzobispal á solicitar y favorecer causas de indios con el Provisor, y de allí á la cárcel á sacarlos, y, en acabando con esto, á visitar y regalar á los enfermos.

Los tiempos de fiesta que se retiraba á la sacristía de S. Gregorio, salía á la puerta de la iglesia á esperar indios pobres mendigos, que por la calle pasaban; y, en pasando alguno, por asqueroso que estuviere, lo llevaba á la sacristía, donde ya tenia agua preparada, y sentándole en una silla, le lavaba los pies y se los besaba, y luego le regalaba con algo de comida y una manta con que se abrigase; y así lo tornaba á sacar; y aunque esto lo procuraba hacer con disimulacion, le cogió en estas obras un cantor de S. Gregorio, el cual dió noticia de ellas.

Para acudir á estas limosnas, andaba este siervo de Dios haciéndose mendigo y pidiendo limosnas ya á unos ya á otros, que para su entereza era mucho, y el sujetarse tal vez á desdenes y á ásperas respuestas, que llevaba con amor por el que tenia á sus hijos los indios, y por mejor decir, por Cristo, que se representaba en ellos. Hacíase mendigo, para que los convites célebres de pobres, que se hacen las Pascuas en S. Gregorio, con otras limosnas, fuesen más amplios y los pobres fuesen abrigados para el año.

Si iba por la calle, é imaginaba ó sentía ruido de que maltratasen algun pobre indio, sólo por imaginar lo que podía ser, apresuraba el paso á favorecerlo, y los que los ofendían ó hacían molestia, en viendo al P. Ledesma, los dejaban libres; y vez hubo que un descomedido á quien le quitó de las manos un indio que maltrataba enojado, le dijo al humilde Padre, que no sólo al indio, sino también á él le daría de coces. Descortesía en que no reparó, ni mostró sentimiento, ni hizo otro acto más que proseguir con sosiego en la defensa comenzada, hasta que vió libre á su pobre indio, con que quedó contento.

No fué único este prudente maestro en la caridad con los pobres, sino que ejerció otras virtudes heroicas.

Fué grande su penitencia, demás de la que padecía en sus llagas y acha-

ques; testigos fueron las paredes de su aposento, salpicadas de la sangre de las disciplinas rigurosas que tomaba y los libros que por allí cerca estaban, que habiéndolos de pasar despues á la librería, fué menester rasparlos y limpiarlos la sangre: y el compañero que acudia á su aposento, le cogió algunas veces lavando la disciplina con agua caliente, quedando corrido de que le hallase en aquel ministerio, y rogándole no le manifestase á nadie. Tambien fueron testigos los cilicios de rayos que se hallaron despues de muerto bien usados, y tan grandes que le rodeaba alguno pecho y espaldas.

Su dormir ordinariamente era sobre las tablas, quitando la ropa de la cama, y cuando faltaba á esto era por sus achaques. La Semana Santa, en particular, no se desnudaba, ni desde el Miércoles Santo al Sábado se recostaba, sino en una silla dormía un rato, con ser que en ese tiempo trabajaba más en confesiones de innumerables indios, y el Juéves Santo se quedaba en la iglesia toda la noche. Sus ayunos eran ordinarios viénes y sábados del año, y su comida tan parca siempre, que se podía llamar un perpetuo ayuno.

Sustentaban las grandes y heróicas virtudes de este gran siervo de Dios los ejercicios de devocion y oracion, no sólo los de regla y precepto, sino tambien otros que añadía, gastando muchos ratos de rodillas en las tribunas y altares de su iglesia de S. Gregorio, donde eran sus regalos con Dios.

La Octava del Corpus Christi, que en la iglesia de nuestro colegio principal celebran con gran solemnidad nuestros estudios, descubriéndose el Santísimo Sacramento con mucha música y acompañamiento de luces, y distribuyéndose comunión general de una ó dos aulas cada día, el P. Juan Ledesma gastaba todos estos días en el coro de rodillas en oracion y algun libro devoto que llevaba consigo, y todo este tiempo lo tenía dedicado sólo para Dios, cosa que movía á devocion y algunas veces á admiracion de que un hombre viejo y tan debilitado con ejercicios espirituales y estudios, pudiese continuar tanto tiempo el estar de rodillas.

A esto se añade que rezaba el oficio divino de la misma manera y tambien el Rosario de la Virgen Santísima. Recitaba otros muchos oficios, como el de la Purísima Concepcion, cuya aficion mostró siempre en sermones y escritos de ese misterio. Rezaba tambien oficios del Ángel de la Guarda y de S. José, que tenía escritos y que él había compuesto.

No faltaron personas doctas que, ponderando lo mucho que escribía este insigne maestro, y el mucho tiempo que gastaba en cosas de devocion y otros ejercicios, decían, que su ciencia debía de tener mucho de infusa; porque no sabían qué tiempo le quedaba para adquirirla: y aunque esta no fuese más que una pía consideracion, por lo ménos se colegía que favorecía

nuestro Señor con particulares auxilios los santos trabajos de este religiosísimo Padre, cuya devocion con nuestros santos Padres S. Ignacio, y S. Francisco Javier y S. Luis Gonzaga no es razon se quede en silencio, porque fué tiernísima y singular.

En sus días se esmeraba y aventajaba en el adorno de los altares y retablos que de esos santos tenía en la iglesia de S. Gregorio. Cantaba él mismo la Misa con grande solemnidad, y se le notaban los actos fervorosos que mostraba tales días. La última fiesta de nuestro santo Patriarca que celebró, se le notó con más particularidad el afecto y amor que le tenía; porque no se contentó con que la solemnidad fuese en altar particular que tiene en la iglesia, sino que ese día colocó su imágen en el altar mayor, y estrenó un muy rico joyel adornado de broches y piedras preciosas, que le había hecho, y añadió lo que otras veces no se hacía, que fué una procesion fuera de la iglesia, con tanta muchedumbre y celebridad exterior de danzas y músicas, que parecía que adivinaba que aquella fiesta sería la última que había de hacer al santo en la tierra; y así quería echar el resto en ella, por estar muy cercana su muerte que, aunque fué muy apresurada en el tiempo, pero muy prevenida con sus heróicas virtudes y raros ejemplos que nos dejó.

A los achaques que ordinariamente padecía el P. Maestro Juan de Ledesma, le sobrevino otro de hidropesía, y, aunque rehusaba ponerse en cura y se andaba en pié y en sus ordinarios ministerios cuanto podía, los médicos juzgaron que ponía á riesgo la vida, si no se curaba; y, por cura más fácil y segura, le ordenaron que tomara unos baños en los que hay media legua de Méjico, en medio de su laguna y en un peñon que en ella se levanta; tiénesse por muy saludables sus aguas. El Padre como verdadero obediente y por cumplir con su regla, se rindió á este parecer de los médicos corporales, aunque con recelos de arriesgar su vida, como en efecto la arriesgó, y ántes había dañado hartas muestras de que iba á morir.

Señaló el P. Rector del colegio un Padre y un Hermano que lo acompañasen y acudiesen á lo que hubiese menester en aquel lugar y puesto donde hay aposentos, por los cuales pasa el agua de los baños, y entran los que se van á curar. El castísimo Padre, por su mucha modestia y honestidad, no permitió que entrase con él ninguno de sus compañeros en la pieza donde había de tomar el baño; en otra allí cerca se quedaron, para acudirle en cualquiera necesidad que se le ofreciese. El día que entró á tomar el segundo, parece que entraba á morir; y, aunque le dijeron los compañeros que lo dejase, les respondió que así lo ordenaban los médicos.

Habiendo entrado á tomar el baño, le oyeron desde afuera recitar varios salmos y oraciones, y principalmente el *Miserere*, repitiendo muchas veces

el *Tibi soli peccavi*, como quien hacia actos de contrición para morir, que los debía de haber tomado del gran Doctor de la Iglesia S. Agustín, cuyos escritos tanto había estudiado, y del santo se dice en su vida que ejerció estos actos en su muerte.

Prenuncios de ella mostró el P. Ledesma, cuando entró esta segunda vez en las aguas, y, sintiéndolo desde afuera sus compañeros, entraron en la pieza y hallaron desmayado en ellas al P. Ledesma, y apenas le sacaron de ellas, cuando expiró y entregó su alma á Dios, el que tan prevenido iba á cumplir este acto de obediencia, y toda su vida se había prevenido para la muerte.

Cuando desembarcó en el Peñon que está en medio de la laguna y lugar de los baños, le notaron que había dicho con ponderación que, con haber nacido en Méjico y estar aquellos baños tan cerca, no había llegado á ellos en su vida, significando que lo dejaba para su muerte; y esto mismo en otras muchas ocasiones y palabras en que daba á entender que iba preparado á recibir la muerte. Porque saliendo de su aposento para los baños, le preguntó el Hermano que le acudía, qué quería le preparase para la vuelta, respondió que una mortaja: y el día ántes dejó dicho al Padre que cuidaba del seminario de S. Gregorio, tan amado del Padre, que por él eran todos sus empeños, él pagaría las deudas que en bien de aquel colegio se habían contraído, como quien entendía que no había de volver á pagarlas, y en otras palabras que se le oyeron días ántes repetir, que ya había echado su matrícula para la muerte.

Cuando después de ella entró á visitar el Rector del colegio su aposento, se admiró de ver la disposición que dejó en los papeles de sus cuentas de S. Gregorio y memorias de las cosas que tenía á su cargo, con tanta distinción y claridad, como la podía hacer y prevenir persona que tenía certidumbre de su muerte; y bien se puede creer de su santa vida que Dios con sus particulares impulsos le previno para ella.

Este dichoso fin tuvo este venerable Padre y sapientísimo maestro, á doce de octubre de mil y seiscientos y treinta y seis, á los sesenta y tres de su edad y cuarenta y ocho de Compañía, y treinta de profesión de cuatro votos, la cual hizo en manos de nuestro P. General Claudio Acuaviva, cuando fué á Roma en compañía del P. Procurador de la provincia mejicana Francisco Vaez, que quiso entre otros hacerle este favor; porque se agradó de su religión y buenas prendas.

Apenas llegó á la ciudad la nueva de su muerte, cuando el sentimiento grande que causó, principalmente en los indios, les hizo salir de sus casas desalados á encontrar el cuerpo á las orillas de la laguna, clamando por su

Padre, lamentándose de su no esperada muerte y de la falta irremediable que se les seguía; y desde este día, en que á las ocho de la mañana sucedió la muerte, hasta el día de su entierro, no salieron los indios é indias de la iglesia de S. Gregorio, llorando amargamente.

Luego que se entendió en el resto de la ciudad, se ofreció á venir á su entierro el cabildo eclesiástico, como lo cumplió, sin faltar de él persona ninguna, y el Arcediano y Comisario general de la santa Cruzada avisó desde luego que había de hacer el oficio y cantar la Misa que ofició la capilla de la catedral. Concurrió también el cabildo seglar, y nobleza de la ciudad, y las religiones en forma de comunidad, que llegando á nuestro colegio, le cantaron sus responsos.

Era tanta la estimación y amor que la clerecía de la ciudad y discípulos suyos tenían al Padre que, ántes de pasarle á la iglesia para el oficio de cuerpo presente, se anticiparon á las seis de la mañana, y en la misma capilla donde estaba el cuerpo le cantaron una Misa; y fué tanto el concurso para decir las rezadas los demás, que tomaban lugar y se prevenían unos á otros toda aquella mañana.

El concurso de los indios é indias era amontonado en la calle, porque esas no podían entrar en la capilla por estar dentro del claustro, y su sentimiento grande se echaba de ver en las muchas lágrimas que derramaban, esperando que lo sacasen á la iglesia.

En poniéndolo en ella, llegaron de golpe á besarle la mano hasta los niños de dos y tres años, á los que llevaban sus madres en los brazos; y, con ser que los niños tienen naturalmente miedo á los difuntos, no sólo no huían, sino hacían instancia para que los dejaran llegar á tocarle y besarle la mano.

Desde el día siguiente pidieron licencia al P. Provincial las cofradías de la iglesia de S. Gregorio para hacerle en ella unas muy solemnes honras, precediendo un novenario de Misas cantadas, las cuales venían á porfía á celebrar muchos de los doctores de la Universidad y clerecía más grave, que todos tenían ó por maestro ó por oráculo en letras al P. Juan de Ledesma.

Las honras se hicieron con grande solemnidad y aparato de luces en un suntuoso túmulo, que corría por cuenta de sus hijos, indios de S. Gregorio, adornadas las paredes de la iglesia de muchas tarjas de sus devotos, con elogios y geroglíficos, elegías y epigramas fúnebres. Porque aunque la celebridad fué en iglesia de indios, concurrieron á ella personas de mayor calidad y devotos suyos.

La última Misa cantó el más antiguo canónigo de la catedral y catedrático de Prima de su Universidad, y hoy es dignidad.

Entre las poesías que celebraron la estima de este gran maestro, fué esta, que declara con exceso el afecto del devoto que la compuso:

*Ingenio Thomas, calamo Augustinus, amore
Bernardus, Paulus foenore, morte Scotus.
Franciscus nihilo, latis patenter Iobus,
Ignatius zelo, religione Xavier.
Nomine reque simul (scruteris) uterque Ioannes.
Munere, Pauperie, more, Pudicitia.
Hic iacet: O maerens lachrimas conpesce viator!
Clausaque sit mortis ne tibi causa, lege.
Iustus erat: iste solo fulsit, quis turba viatrix
Fulgeat ergo, quibus turba Beata, Polo.*

La vida de este siervo de Dios la escribió el P. Andrés Perez en su *Historia de los triunfos de la fe*, y celebra sus virtudes Juan Bautista Rho, en muchas partes de su *Historia Varia*.

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO GUERRERO

NACIÓ el P. Alonso Guerrero en la ciudad de Méjico, cabeza del reino de la Nueva España, de padres tan piadosos como calificados en nobleza, pues en aquella ciudad uno de los linajes más conocidos y estimados es el de los Guerreros de parte de padre; y el de Villaseca de parte de madre, ha sido siempre tenido por muy noble; y aunque el uno y otro han sido muy hacendados, y el paterno ha tenido y hoy tiene tres muy ricos mayrazgos, sin otras muchas rentas, haciendas y posesiones; pero mucho más hacendado fué el materno, pues su abuelo Alonso de Villaseca (el cual fué el primer fundador y patron del colegio de Méjico, en cuyo derecho sucedió D. Alonso Guerrero), tuvo fama del hombre más rico que habia en aquel reino, y hasta hoy dura el decir, por exageracion de que un hombre es muy rico: *Es un Villaseca*.

Críose D. Alonso con muy gran virtud y recogimiento, porque su padre era muy temeroso de Dios y deseoso de que sus hijos se dedicasen á la vir-

tud desde sus tiernos años; y, aunque se criaron con mucha abundancia, siempre su padre cuidó de darles ayos de muy buenas costumbres y de que estudiasen en el colegio de la Compañía, como estudiaron hasta Retórica, en la cual fué D. Alonso Guerrero muy aventajado estudiante; y, como era de tan buen natural, áun cuando dejó de venir á los estudios, buscó siempre ejercicios honestos y de letras en que ocuparse.

Entró en la Compañía el año de 611, á los treinta y cinco de su edad; y aunque en estas vidas se suele hacer de ordinario poco caso de las cosas que en el mundo causaban lustre á los religiosos, en esta ocasion sería menoscabar mucho las virtudes de este siervo de Dios, si no se hiciera alguna memoria del fausto y grandeza de las riquezas en que se hallaba, cuando la vocacion de Dios le sacó de las tinieblas del mundo á la luz admirable que comunica en la religion.

Fué uno de los hombres nobles que se trató con más lustre y mayor abundancia y lucimiento: de suerte que, con haber en aquellos tiempos tantos que se esmerasen en galas, en vestidos, en jaeces, en caballos, y que en las fiestas públicas que se ofrecian, que no eran pocas, hiciesen tan notable ostentacion de sus riquezas; D. Alonso era el que se llevaba la gala entre todos, y estaba tan sobrado de libreas, jaeces y caballos, que no sólo tenia para sí con abundancia, sino que participaban de ella muchos otros, áun de los muy ricos que, aunque no tenian falta de nada de esto, por ser los caballos que este caballero tenia en su caballeriza tan bien impuestos y de tan buena raza, dejaban de salir en los propios por salir en los que él tenia, por ser en todo aventajados y tener él la mayor parte de su gusto puesto en que fuesen muchos y muy buenos, y áun hasta los virreyes de aquel reino gozaban de esta ocasion en regocijos públicos.

Tambien era grande el aparato que D. Alonso tenia de vestidos ricos, jaeces preciosos, criados y libreas y todo lo que pertenecia al trato de su persona, que todo esto corria por cuenta de su padre, el cual era tan magnífico y ostentativo, que tenia por honra y gusto suyo particular que no hubiese quien en esta grandeza exterior igualase á sus hijos. Y, para que D. Alonso Guerrero pudiese hacer mayor ostentacion de su riqueza, le tenia cada año señalados cuatro mil pesos de cierta renta particular que él tenia, los cuales le daba en reales, para que estuviesen á su disposicion y los gastase cada año como quisiese; mas D. Alonso fué siempre tan medido y compuesto, que ni un real gastaba mal gastado ni en cosas indiferentes, sino todo en limosnas y obras del servicio de nuestro Señor, de que fué testigo y lo confesó en público varias veces el P. Bernardino de Llanos, que habia sido su maestro en Retórica, y así le comunicaba más que á otro.